

Mecánica nihilista

Thomas Corlin, Mouvement.net, 17 diciembre 2014.

¿El fin de las artes vivas del fin de los tiempos? Tres artistas españoles procedentes del teatro y la danza se atreven a montar una “no-pieza” de una sequedad agresiva pero alegre. Actor de teatro en 2014, ¿para qué?

Mientras que Castellucci estaba dando en la Villette una *Consagración de la primavera* mecánica por completo –toda sonido, arena y luz–, la misma semana otra propuesta convulsionaba de modo bien distinto al Centro Pompidou, aunque igualmente desprovista de presencia humana. La Ribot, reputada bailarina de danza contemporánea, y sus compañeros, Juan Domínguez y Juan Lorient, dudaron bastante antes de poner en marcha *El Triunfo de La Libertad*, pieza que ya ha revuelto el Festival de la Bâtie en Ginebra. Pero hubo otro dilema considerable al que también le dieron más de una vuelta: si aparecer o no en el escenario.

Por humor, por provocación (aunque ellos nieguen esta razón), por gusto de la experimentación o aún por nihilismo, decidieron finalmente no aparecer en el escenario. Un gesto que no es inédito; en realidad, es cada vez más recurrente, pero aquí es aplicado con un radicalismo y una economía que al mismo tiempo incomodan e intrigan. El dispositivo creado por el trío se limita a dos pares de pantallas por las que desfila un texto (en inglés y en francés) de modo casi continuo. Y ello en un escenario vacío, en absoluto silencio, durante prácticamente una hora. Únicas variaciones: los matices de las luces del techo –situadas entre el escenario y el público– y dos temas de piano que se oyen tras bastidores en la última parte del espectáculo. En otras palabras: arréglenlas ustedes como puedan.

El texto en sí es un flujo desigual y parcialmente centrado en una historia bien simple. Una pareja de clase media, de luna de miel en un balneario, asiste al show de un escandinavo que con el pene rompe nueces y, cincuenta años más tarde, se lo vuelve a encontrar en el mismo lugar, pero ahora rompiendo cocos. Como si un ciclo inquebrantable se repitiese. Y el hilo conductor está continuamente atravesado por digresiones históricas (la pasividad fingida por Louis XVI la noche de la toma de la Bastilla, por ejemplo), comentarios políticos algo ingenuos a medio camino entre Anonymous y Rodrigo García (en cuya compañía teatral ha actuado bastante Lorient), y, para de una vez por todas agotar la paciencia de los espectadores exasperados, declaraciones reiteradas e inquisitorias tales como: “nada pasa por casualidad”, “¿por qué has venido al teatro esta noche?”.

Poco importa si esto es una farsa político-poética o no, porque aquí el texto es tan sólo el soporte de una experiencia de transgresión y de renuncia, un acto que acaba obsesionando a todo creador contemporáneo en algún momento de su carrera. A fin de cuentas, ¿a santo de qué no deberíamos sustituir los cuerpos de los bailarines (conocidos ya de sobra) por un simple texto y un dispositivo técnico básico? ¿Por qué una instalación de arte contemporáneo de un minimalismo desalentador no podría servir de pieza de teatro en 2014? Estas preguntas acosan insidiosamente al espectador, único humano presente en la sala y, por extensión, único actor, teniendo que asumir el desafío

de aguantar. Su papel es, por cierto, bastante cómico: clavado en esta sala de un silencio absoluto, se ve de pronto leyendo en unas pantallas la historia de un pene cascanueces y atrapado en una sátira truculenta y futurista en la que *El Triunfo de La Libertad* (título más que merecido) sería la forma de teatro común y corriente, que los humanoides irían a ver dentro de unos siglos –al igual que, a modo de comida, se zamparían unas cápsulas. Y es justamente en el futuro donde, desde el inicio, el texto nos sitúa (“Buenas noches, hoy estamos a 14 de diciembre de 2292, la temperatura afuera es de 80°...”)

antes de empezar una cuenta atrás hasta el presente, mientras que el público no sabe ya si hay que echarse a reír o a llorar o esperar la aparición de algún bailarín o abandonar furioso la sala o gritar en el vacío. Dicho sea de paso, hubo una espectadora que no se privó de hacer esto último: mientras en la pantalla se leía “me muero de aburrimiento”, se le oyó soltar “yo también”.

El “*medio*”, único operador de esta no-pieza decididamente kraftwerkiana, es aquí más que nunca el mensaje. No es una novedad, claro está, y el campo de posibilidades que abre *El Triunfo de La Libertad* parece mucho más estimulante que el espectáculo en sí – ¿no es acaso lo que sucede con muchas obras innovadoras? Sin embargo, con todo su ascetismo, es quizá uno de los intentos más arriesgados y desesperados por pasar a un teatro definitivamente posmoderno. De por sí el fin del espectáculo es vertiginoso: acostumbrada a recorrer los letreros luminosos, nuestra mirada ni sabe ya en qué focalizarse; a tal punto que uno juraría que está viendo el escenario deslizarse fuera de la sala, desapareciendo a la vez toda noción de “teatro”. Incluso los escasos aplausos suenan fuera de lugar, como un reflejo obsoleto, y de repente uno cree estar en plena ciencia ficción. Quizás no sea un triunfo, pero sí que es un paso decisivo hacia una libertad formal, divertida y estimulante.